

Educación para la desbarbarización 1968*

T. W. ADORNO-H. BECKER

ADORNO: La tesis que con gusto quisiera discutir con usted, es que la desbarbarización es actualmente la cuestión más urgente en toda educación. El problema que aquí se plantea es si mediante la educación puede ser cambiado algo verdaderamente decisivo en la barbarie. Entiendo aquí por barbarie algo bastante simple que hace que, en el seno de la civilización técnica más desarrollada, las personas retrocedan a un curioso y deformado modelo de su propia civilización y no sólo que en su gran mayoría no hayan experimentado la formulación de lo que el concepto de civilización conlleva, sino que estén llenos de una primitiva voluntad de agresión, un primitivo odio o, como se dice en lenguaje culto, un impulso destructivo, que contribuye además a aumentar el peligro de que esta civilización, a la que se defendía, desaparezca por completo. Creo que evitar esto es en todo caso tan urgente, que quisiera volver a ordenar todas las demás ideas específicas sobre la educación.

BECKER: Si se formula la cuestión sobre la barbarie de forma tan general, entonces es naturalmente muy fácil ponerse de acuerdo acerca del asunto, porque, evidentemente, cualquiera a quien se le preguntara de improviso, estaría contra la barbarie. Me parece, sin embargo, necesario que intentemos establecer un poco más exactamente qué es la barbarie y de dónde proviene, si queremos poner a prueba cómo la educación puede influir en este fenómeno, incluso preventivamente con la

* El título, en el original alemán, es "Erziehung zur Entbarbarisierung 1968". La presente traducción vierte al castellano el texto de la conversación mantenida por T.W. Adorno y H. Becker, en la radio de Hesse, el 14 de abril de 1968. Fue editada, junto con otros siete breves ensayos o entrevistas, por la Editorial Suhrkamp (libro de bolsillo), en 1971. El título del libro era el de *Educación para la mayoría de edad* y en él se recogían ensayos referidos a la educación, algunos de los cuales habían sido publicados previamente por Adorno en las obras tituladas *Intervenciones* y *Consignas*.

intención de evitarlo. Y aquí debemos preguntarnos si una persona, que en todas sus relaciones se muestra compensada, moderada, ilustrada, libre de agresiones, fuera de la barbarie, pero desmotivada e incapacitada, representa en sí un producto deseable de la sociedad.

ADORNO: Quisiera argumentar algo tremendamente sencillo acerca de esto: que el intento de eliminar la barbarie es decisivo para la voluntad de supervivencia del hombre. La evidencia que usted ha apuntado no es tal si se examinan las opiniones dominantes, sobre todo en Alemania, referentes a la educación, opiniones en las que hay ideas que juegan un importante papel, como por ejemplo, que los compromisos humanos deben acomodarse al sistema dominante, o bien deben orientarse hacia valores dogmáticamente implantados y que sirven a un objetivo determinado. Tan lejos como alcanzo a ver la situación de la educación alemana, el problema de la desbarbarización no ha sido en absoluto expuesto hasta este extremo y con este rigor, con el que quisiera debatirlo aquí. Lo único que me mueve a mantener una discusión entre nosotros sería esta aparente evidencia.

BECKER: Quizá debiéramos salir un momento de Alemania y preguntarnos si este problema no se da en forma análoga en todo el mundo. Concretamente hay, en esta relación, una cierta forma de la pedagogía de los valores, típicamente alemana, idealistamente orientada, pero los peligros de la barbarie, aunque de diferentes formas, se han dado, por supuesto, en otros países. Si se quiere combatir este fenómeno mediante la educación, podría ser explicado por medio de sus factores psicológicos fundamentales

ADORNO: No sólo de sus factores psicológicos, sino también de sus factores objetivos que subyacen por sí mismos en el sistema social.

BECKER: Por lo demás yo entiendo la psicología también como un factor objetivo.

ADORNO: Sí, pero veo aquí como factores objetivos a las situaciones sociales que engendran algo como la barbarie, independientemente del espíritu individual de la persona humana. A mi, personalmente, me resulta más cercano desarrollar estos asuntos específicamente en la situación alemana. No porque piense que en otros sitios no sean graves, sino porque la más espantosa irrupción de la barbarie en la historia de la humanidad sucedió en Alemania y porque nosotros, gracias a nuestra propia experiencia vital, conocemos mejor, a fin de cuentas, las relaciones alemanas.

BECKER: Podemos tranquilamente, sabiendo que se trata de un fenómeno general, partir del ejemplo alemán. Y, como usted dice con razón, tiene para ello varios motivos. En la pregunta "¿qué puede hacer la educación?" se trasluce siempre el problema de hasta qué punto una voluntad consciente no lleva a cabo ella misma en la educación, hechos que por su parte producen barbarie.

ADORNO: Pero también lo contrario. Si el problema de la barbarie es tratado en su urgencia y con todo el rigor, en la educación y también en instituciones como la suya que ocupan hoy en Alemania un puesto clave en la marcha de la educación, entonces, pienso yo, que simplemente el hecho de que la cuestión de la barbarie esté

en el centro de la consciencia, puede aportar, por sí solo, un cambio. Soy el último en negar que en el concepto de educación, incluso en el concepto de educación cultivada, se encuentran elementos de barbarie como situaciones represivas. Yo creo —y esto es Freud— que estos momentos represivos de la cultura, en los que es sometida, producen barbarie y la reproducen.

BECKER: Naturalmente se podría decir también, que cuando se insiste en exceso en el acento de la desbarbarización, entonces se propicia, si ello es posible, una prevención de la transformación de la sociedad. Se propicia también un impedimento para el desarrollo hacia "nuevas fronteras", como se diría en América. Se sirve, por así decirlo, a una realización de la consigna "la calma es la primera obligación ciudadana"; y creo que sería bueno determinar la forma exacta de la desbarbarización, frente a algunas exigencias ingenuas de tolerancia y paz. Estoy convencido de que usted no quiere un desarrollo sin transformaciones. Pero haría falta determinar con exactitud, lo que la desbarbarización significa en este contexto.

ADORNO: En esto estoy totalmente de acuerdo con usted, pues en todo caso lo que entiendo como desbarbarización no debe buscarse en la línea de la moderación, de la eliminación de los afectos fuertes, ni siquiera en la línea de la eliminación de las agresiones. La frase de Strindberg "cómo podría amar el bien, si no odiase el mal", me parece que es de nuestra incumbencia, en este contexto. Por lo demás está en consonancia con el conocimiento psicológico, lo que Freud —cuyas meditaciones acerca de estos asuntos nos influyen a ambos— ha sostenido como teoría, según la cual, sería posible sublimar de tal manera los llamados instintos de agresión —sobre los que él, por otra parte, en el transcurso de su vida tan diversos pareceres ha tenido— que incluso nos llevarían hacia tendencias productivas. Creo entonces que un cierto momento de sublevarción pertenece a la lucha contra la barbarie o a su supresión, momento en el que si se abandona el concepto formal de humanidad, se puede calificar como barbarie. Pero, como aquí todos estamos dentro del contexto culpabilizador del mismo sistema, ninguno de nosotros estará totalmente libre de los impulsos de la barbarie y debiéramos reconducir estos impulsos contra el principio de barbarie, en lugar de abandonarlos en su carrera hacia el desastre.

BECKER: Quizá pueda ahora formular una pregunta bastante precisa: Recientemente un político ha manifestado que los acontecimientos en las disputas callejeras ocurridas en Bremen por la subida de las tarifas de los transportes, constituyen una prueba para negar la formación política, pues la juventud ha tomado partido, de forma brutal, contra una medida pública sobre cuya corrección se pueden tener diversos pareceres pero a la que no se debiera responder con semejantes estropicios, podríamos decir que bárbaros.

ADORNO: Considero las declaraciones que usted cita como una forma odiosa de demagogia. Si el comportamiento de estos estudiantes de bachillerato en Bremen prueba algo, es que las clases de política no han sido tan poco exitosas como siempre se suele decir; o sea, que estas personas no se han dejado arrancar la espontaneidad y que no se han convertido en instrumentos complacientes de un orden determinado.

La forma de barbarie que amenaza en la actualidad es aquella en la que en nombre del orden, en nombre de la autoridad, en nombre del poder establecido, se vuelven frecuentes algunos actos, cuya propia orientación hacia la deformación, manifiestan el impulso destructivo y la mala forma de ser de la mayoría de los hombres.

BECKER: Pero debemos intentar ponernos en la situación de los jóvenes. ¿De dónde extraen los criterios para decidir lo que es bárbaro?. En la discusión sobre la ausencia de violencia se distingue frecuentemente entre la violencia contra las personas y contra las cosas. Se ha diferenciado la violencia consumada de la que sólo es una amenaza, se ha hablado de la ausencia de violencia en actos que no están permitidos. Se ha producido una escalada de la falta de violencia real o supuesta y, en nuestro país, la cuestión de la barbarie se ha cuestionado por parte de muchos. Si le entiendo bien, usted parece plantear algo distinto en este asunto de la barbarie. La violencia puede ser un síntoma de barbarie, pero no tiene porqué serlo en todos los casos. Realmente usted piensa en algo distinto y creo que todavía no está del todo claro.

ADORNO: Sí, quizá sea bueno definir aquí lo que es barbarie, aunque me resista. Mi sospecha es que la barbarie está presente en todas partes donde tiene lugar la recaída en la violencia física primitiva, que no está en relación transparente con metas racionales de la sociedad, y donde se ha dado la identificación con la irrupción de la violencia física. Pero cuando la violencia implica claramente la consecución de condiciones de dignidad humanas desde situaciones de gran estrechez, entonces ya no es juzgada como barbarie.

BECKER: Usted quiere decir, si le he entendido bien, que la barbarie no es el fundamento de reflexiones dirigidas racionalmente, como por ejemplo las manifestaciones de jóvenes y adultos que lesionan las fronteras de la legalidad. En un caso semejante, barbarie sería, mucho más, la intervención de la policía, objetivamente innecesaria y excesivamente fuerte.

ADORNO: Esto es lo que pienso. Si se conocen un poco de cerca los factores que entran en juego en las actuales revueltas estudiantiles, entonces podemos encontrar que no se trata de irrupciones primitivas de violencia, sino, en general, de formas de conducta reflejadas políticamente. Si, concretamente, esta reflexión estudiantil es o no correcta, no tenemos porqué discutirlo ahora. Pero desde luego no se trata de una consciencia deformada y directamente agresiva. Lo que ocurre se entiende por sí mismo, al menos, como algo hecho en favor de la humanidad. Creo que cuando se ha estado presente, por ejemplo, en un campo de fútbol en el que un equipo extranjero, cuando gana, es injuriado y abucheado, o cuando se experimenta cómo algunos supuestamente buenos ciudadanos se abalanzan sobre los estudiantes y no sólo con las palabras, entonces se puede percibir de una forma muy drástica, a la luz de estos fenómenos actuales, la diferencia entre lo que es barbarie y lo que no lo es.

BECKER: Entonces quisiera decir que las reflexiones por sí solas no proporcionan ninguna garantía contra la existencia de la barbarie. Yo puedo estar dispuesto, por ejemplo, como Gobierno de Estado y sobre el fundamento de consideraciones

muy racionales, a lanzar bombas atómicas en algún lugar del mundo y este acto puede ser bárbaro, a pesar de una gran experiencia altamente controlada, racionalizada y libre de emociones, gracias a la entrada en acción de las computadoras. Las reflexiones y la racionalidad no son garantía por sí solas contra la barbarie.

ADORNO: Eso tampoco lo he pensado yo. Si recuerdo bien —soy un cuidadoso padre de familia— también me he referido en nuestra discusión a las reflexiones transparentes acerca de los proyectos humanos, no a la reflexión en abstracto. Pues la reflexión puede servir, en esto tiene razón usted, tanto al dominio ciego como a su opuesto. O sea que las reflexiones deben ser transparentes en cuanto a sus finalidades humanas. Esto es lo que quisiera convenir.



FRANCISCO SOLÉ

BECKER: Vamos hacia una cuestión muy difícil: ¿Cómo se forma a la juventud para que estas reflexiones la conduzcan a finalidades humanas, o bien, si esto, en general, es realizable por los jóvenes?. Diría que es muy posible, pero significa despedirse de una gran cantidad de ideas asumidas. Por ejemplo una idea que siempre ha formado parte de los fundamentos pedagógicos de Alemania: que la competencia entre los niños es algo extraordinariamente favorable. Se aprende Latín especialmente bien cuando se quiere ser mejor que el compañero que se sienta a la derecha o a la izquierda de uno. Y la competición entre individuos y entre grupos, favorecida conscientemente por muchos maestros y muchas formas de escuela, vale, en el mundo entero y en sistemas políticos de lo más variado, como un principio pedagógico especialmente sano. Quisiera formular la afirmación —me interesaría saber si usted la comparte— según la cual en todo caso la competición, si no se da sólo en

forma débil y de rápida finalización, supone en sí un elemento de la educación hacia la barbarie.

ADORNO: Soy totalmente de la opinión de que la competitividad es un principio contrario a la educación humanista. Además creo que una lección que se desarrolla de forma humanista de ninguna manera discurre para fortalecer el instinto de competición. Con ello se puede en todo caso enseñar a deportistas, pero no a personas desbarbarizadas. Recordando mi propia época escolar, la competición no ha tenido ninguna importancia en las asignaturas llamadas humanísticas. Había que ejercitar lo que se había aprendido; quizás a través de la reflexión sobre la debilidad de lo que cada cual puede hacer por sí mismo; o sobre las reivindicaciones que se hace uno a sí mismo o sobre la objetivación de aquello acerca de lo cual se tiene una cierta idea; había que lograr, en el trabajo, salir de las ideas primitivas y del infantilismo de los más variados tipos. No puedo recordar que en mi propio desarrollo, prescindiendo de los juegos, que los hubo, el así llamado instinto agónico (instinto de agresividad) haya jugado un papel tan decisivo que se haya vuelto excesivo. Esto es en el mundo escolar uno de aquellos mitos de los que está lleno nuestro sistema educacional, que se debiera tratar, de una vez, científicamente y muy en serio.

BECKER: Me alegro mucho de que haya ido usted a una escuela tan agradable y me alegro de que estemos tan conformes con la repulsa del pensamiento competitivo exagerado. Creo que el pensamiento competitivo, tanto en su época como en la actualidad y para la mayor parte de los maestros, se usa como un procedimiento central en la educación y como procedimiento para la elevación de la producción. Aquí estamos en uno de los puntos a través de los que se puede hacer algo decisivo en favor de la desbarbarización.

ADORNO: Efectivamente, puesto que la gente está acostumbrada a utilizar la vara. Y la utilización de la vara es, sin duda, una expresión de barbarie. En el sistema inglés de educación —en el que subyace la idea de que la máxima de ser brillante, no es buena sino fundamentalmente irracional— se introduce, con la intención de jugar limpio, el principio según el cual el abandonado impulso de competición es de alguna manera inhumano, y en esto se debiera asumir, del ideal educativo inglés, su escepticismo frente a la sana voluntad de éxito.

BECKER: Yo incluso, quisiera dar un paso más. Creo que cometemos el error de acentuar excesivamente esta idea en el deporte. En una sociedad que se ha desprendido lentamente de los esfuerzos corporales y en la que la actividad corporal en juegos y deportes tiene en la escuela una función más importante que nunca en la historia, se podría obtener mediante la competición un efecto psicológico no deseado. Así que creo que es un punto importante el prescindir en las clases de deporte de formas marcadas y primitivas de competición.

ADORNO: Esto ocasionaría la primacía del juego en el deporte por delante de los llamados *récor*ds (marcas). Entendería también como un retroceso humanístico esta faceta de la ejercitación del cuerpo que, podríamos decir, parece ser brutalmente opuesta al espíritu universal en la actualidad.

BECKER: Esto podría decirse de todas sus apreciaciones acerca de la competición, pues se podría naturalmente sostener la tesis según la cual hay que prepararse en la escuela, por medio de la competición, para la sociedad competitiva. Contrariamente yo opino, que la escuela, si puede hacer algo, debe favorecer entre las personas una relación objetiva. Y esta relación objetiva se interrumpe cuando la competencia ocupa su lugar. Por eso creo que una parte de la desbarbarización puede ser alcanzada gracias a la realización de una situación escolar, en la que el fin del valor predominante del adoctrinamiento vale tanto como la variedad en la oferta, que permite a los estudiantes la posibilidad de una mayor y más fuerte elección de los temas, en lugar del sometimiento a los prescritos por el obligado canon educativo.

ADORNO: Quizá debiera volver otra vez sobre determinadas cuestiones fundamentales en el intento de una desbarbarización por medio de la educación. Freud ha fundamentado la tendencia hacia la barbarie de una forma esencialmente psicológica y tiene ahí toda una serie de casos en los que no se ha abordado de forma exacta todas las cuestiones, como por ejemplo que las personas experimentan privaciones constantes que se desarrollan bajo sentimientos de culpa y que se convierten en agresiones. Todo esto es exacto y además tan conocido que, podrían ser extraídas las consecuencias para la educación, si por fin ésta se beneficiara seriamente de los resultados de Freud, en lugar de hacer hincapié en una especie de falso sexto sentido.

Pero en este momento pienso además en algo totalmente distinto, que consiste en que, a parte de estos factores subjetivos, hay un fundamento objetivo de la barbarie, que quisiera mostrar simplemente como el fracaso de la cultura. La cultura, que es esencialmente humana y promete todo lo posible, ha roto esta promesa. Ha dividido a los hombres. La división más importante es la del trabajo físico e intelectual. Con ello ha privado a las personas de la confianza en sí mismas y en la propia cultura. Y como ocurre en los asuntos humanos se da la consecuencia de que el odio de las personas no se vuelve contra el hecho de que la promesa de una situación pacífica, que subyace en el concepto de cultura, no se haya cumplido. En lugar de esto, el odio se vuelve contra la promesa misma y se expresa del modo fatal en que no debiera.

Entonces, mientras estas circunstancias, que he descrito como el fracaso de la cultura, la perpetuación social de la barbarie y este mecanismo de sustitución, lleven a las personas a una conciencia masificada, no se puede, sin cambio alguno, lograr un clima en el que una remodelación sea incomparablemente más favorable que la actual forma de ser de la educación, predominante todavía en Alemania. A este punto quería llegar, esto es lo que pienso también sobre la función de la Ilustración y en absoluto que las personas actúen en ella como corderitos. Por el contrario: el sometimiento de los corderos es evidentemente sólo una forma de barbarie en la que está previsto que sean testigos de atrocidades y que se dobleguen en el momento decisivo.

BECKER: Estoy completamente de acuerdo con esto. Más aún, como apunté en sus primeras apreciaciones, la desbarbarización debiera partir de aquello que redujera las agresiones. Usted ya lo había respondido con la cita de Strindberg. Pero creo que debemos protegernos aquí contra malentendidos. Usted conoce seguro las con-

clusiones, quizá algo sorprendentes, de Konrad Lorenz, quien, con sus estudios sobre la agresión, ha desarrollado la teoría según la cual en el momento en que se consiguiera la paz en el mundo, habría que abrir otros campos para las agresiones humanas. Y en sus conclusiones entraría el estadio deportivo, mencionado por usted hace un rato, como sustituto de la guerra ya evitada. Creo que —las observaciones de Konrad Lorenz sobre las agresiones en los animales son tan interesantes y emocionantes— la conclusión que aquí se ha sacado, o sea el consejo de terminar con las agresiones, es muy peligrosa.

ADORNO: Este es el fundamento social darwinista. Me parece también extraordinariamente peligroso, porque discurre de tal forma, que rebaja, de una manera determinada, a las personas al rango de seres meramente naturales.

BECKER: No creo que Lorenz piense en esto.

ADORNO: No, él no lo piensa. Pero en este modo general de pensar, también el de Portmann, subyacen, seguro, tendencias concretas en esta dirección. Fundamentalmente, no quisiera conseguir con la educación frente a la barbarie, nada diferente a aquello que todavía molesta hasta al último adolescente de campo, cuando se pelea con un compañero violentamente o cuando se comporta brutalmente con una chica; quisiera que todas las personas a través del sistema educativo quedaran impregnadas del horror hacia la violencia física.

BECKER: Con el horror yo sería algo cuidadoso

ADORNO: Pregunto, entonces, si es que no hay situaciones que no se den sin esa violencia. Quisiera decir que esto es una sutileza. Pero creo que debemos aclarar, en primer lugar, que todavía hoy no se ha debilitado en las personas la vergüenza frente a la brutalidad, vergüenza que yace como principio de la cultura, y debemos hacerlo antes que aclarar las excepciones, sobre las que la dialéctica —en la que nos basamos— nos habla, según las que la antibarbarie tiene necesidad de circunstancias propias de la barbarie. Y que si logramos despertar esa vergüenza, entonces quizá se consiga que nadie pueda ser testigo mudo de más brutalidades y que en todo caso se sea tolerante con los demás.

BECKER: La palabra "vergüenza" me gusta mucho más que la anterior "horror". Existe un extenso género de literatura —sobre el que no es necesario informarle— que, por medio de una forma de descripción de la barbarie, lleva a una lucha contra ésta que es cómodamente aceptada por el conocimiento. Y en ella puede haber elementos análogos al horror contra la barbarie, sobre el que hemos insistido. Por eso pienso que es exacto cuando usted dice que se debe engendrar la vergüenza. Quisiera añadir que la educación (por eso la palabra "Ilustración" quizá necesita todavía ser *iluminada*) en estas cuestiones debe ser planteada en un estadio muy temprano.

Es necesario que —como diríamos hoy— en la etapa preescolar, donde no sólo se ejecutan adaptaciones sociales decisivas y definitivas sino también adaptaciones decisivas que ratifican la disposición psíquica, tengan lugar determinados desarrollos. Y para empezar debemos decir abiertamente que sabemos poco sobre el desarrollo en general de la socialización y que sabemos poco, en forma verdaderamente

científica y capaz de fundamentar, sobre las consecuencias que en esta edad tienen las diferentes actuaciones. Se debiera dejar que, en esta edad, las agresiones se desarrollen, pero también empezar a encauzarlas. Sin embargo, esto es exactamente lo que plantea a los educadores las más difíciles exigencias y lo que aclara que la formación de nuestros educadores referente al problema que usted ha planteado —que es de lo que aquí se trata— se coloque en el primero de todos los planos, cuando aquellas exigencias ya han tenido lugar.

ADORNO: Esto me parece que es, como pensamiento psicológico, casi una evidencia. Nos llevaría a decir que la perpetuación de la barbarie en la educación está mediatizada esencialmente por el principio de autoridad que en esta cultura subyace por sí mismo. La tolerancia frente a las agresiones, que Usted, con razón, defiende como supuesto, y el que las agresiones se deshagan de su carácter bárbaro, supone algo más que una renuncia a los contenidos autoritarios y a la formación de un fuerte, riguroso y al mismo tiempo enajenado super-yo. Por eso, la supresión de la autoridad no justificada es, en la educación más temprana, una de las condiciones más importantes para una desbarbarización. En todo caso, yo sería el último que quisiera dejar de cuidar estos asuntos, pues los padres, con quienes debemos contar, son, para mí, un producto de esa cultura y tan bárbaros como esa cultura. En las tierras alemanas el derecho permite todavía castigos corporales, como puede ser la pena de muerte o manifestaciones análogamente bárbaras, para proteger los bienes más sagrados, a los cuales las personas renuncian tan difícilmente.

BECKER: Si estamos tan de acuerdo en lo decisivo de esta educación en las etapas tempranas, entonces estamos de acuerdo, al mismo tiempo, en que la autoridad ilustrada, tal como usted la formula, no significa el remplazo de la autoridad por la ilustración, sino que en este marco, también deben darse manifestaciones de autoridad en la edad de la primera infancia.

ADORNO: Hablamos de determinadas manifestaciones de autoridad que toman un nuevo y distinto significado si, en un momento dado, no siguen ciegamente el principio de poder, sino que se producen de forma consciente y, sobre todo: si estas manifestaciones tienen una transparencia también para el mismo niño. Si los padres regañan al niño por que ha arrancado un ala a una mosca, ésta es una manifestación de la autoridad que contribuye a la desbarbarización.

BECKER: Exactamente. Creo que estamos de acuerdo en que el niño, en esta temprana edad y en dirección a la desbarbarización, no debe resultar ni autoritariamente prepotente ni totalmente inseguro, de tal manera que no se le imponga ninguna dirección.

ADORNO: Pero en todo caso creo que, justamente, los niños débiles, en el sentido de las creencias dominantes de los adultos y también de los pedagogos, los llamados flores de invernadero, quienes ya en una etapa relativamente temprana han experimentado algo como la sublimación de las agresiones, probablemente sean moderadamente inmunes frente a las agresiones bárbaras en la adolescencia y en la edad adulta. Justamente ocurrirá así. Creo que es importante, en la esencia de la edu-

cación, que se supere el tabú sobre la diferenciación, sobre la espiritualidad y sobre el idealismo, tabú que prefiere a los llamados jóvenes sanos y a las muchachas espontáneas y que nos trae como consecuencia, en el proceso de la educación, el diferenciar a las personas de tal manera y tan sutilmente que aprisiona aquella vergüenza sobre cuyo significado nos habíamos puesto de acuerdo.

Traducción de *M.ª Pilar Alcaide*